

# Los retorcidos incentivos del sistema educativo

Jorge Javier Romero

Se ha convertido en un tópico —un lugar común— hablar del desastre educativo de este país, pero una y otra vez fallan los intentos de reforma tímidamente esbozados por unos gobiernos que no quieren enfrentar a una de las maquinarias más corruptas heredadas del corporativismo del régimen del PRI. No es raro que todos los males se le achaquen a la mafiosa líder actual del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, experta en sacar provecho de sus trapazas políticas, pero el problema de la educación mexicana no es sólo la maestra milagros, como la bautizó León García Soler, aunque muchos males le cause esa señora a la política mexicana; es el sistema de incentivos que se derivó del pacto corporativo en la SEP desde los años 40 del siglo pasado.

Ahí radica el mal mayor de la educación mexicana de hoy: en la concesión privativa de una parcela de poder estatal a un sindicato que, por tanto, estableció incentivos sindicales y políticos en lugar de los académicos y profesionales que hubiera requerido la educación mexicana para ser exitosa. No fue falta de recursos lo que desbarrancó a la educación; fue la apropiación de esos recursos por un sindicato que los ha distribuido de acuerdo a sus intereses de influencia y control político.

Pero no todo lo torcido del sistema de incentivos de la educación es producto del antiguo régimen. En la educación superior, por ejemplo, a partir de los tiempos de Salinas se pusieron en práctica sistemas de estímulos basados en la evaluación de la productividad a través de criterios establecidos por el Conacyt. Parecía un intento modernizador y de inmediato fue acusado de neoliberal, de “eficientista”. Pues vaya eficiencia resulta de los índices utilizados para medir la supuesta excelencia, sobre todo en los posgrados, cuando un elemento crucial considerado por el Conacyt para incluir programas de maestría o doctorado en sus padrones de estímulos es la eficiencia terminal. Dicho en otros términos, al organismo encargado de la ciencia y la tecnología en México lo que le importa es que los estudiantes obtengan el

grado, con independencia de si saben algo o no. Una vez inscrito un estudiante más vale aprobarlo, puesto que de no hacerlo la eficiencia terminal del programa bajaría y podría ser excluido del conjunto de beneficios del sistema.

Ya en la educación primaria se mostró el daño que hizo el esfuerzo denodado por hacer que en las estadísticas mundiales México pasara de ser un país de tercero de primaria a uno de primero de secundaria. La mera formalidad sin contenidos. Ahora en los posgrados se ha adoptado la misma estrategia, que lleva a los directores de los programas a los linderos de la corrupción.

Un caso conocido de primera mano: mi hermana, doctora en Oceanografía Física, es profesora de Bioestadística en el posgrado de Ciencias Marinas y Costeras de la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Ahí tuvo la osadía de reprobar a cinco alumnos, de los cuales tres fueron dados de baja del programa por reglamento —no faltó director de tesis que le fuera a pedir a la profesora que aprobara a sus pupilos, sin duda para no perder puntos del SNI—; los otros dos pudieron volver a cursar la asignatura; uno estudió mucho y pasó muy bien; la otra reprobó todos los exámenes.

Pues resulta que sin avisarle a la titular de la asignatura, el departamento le concedió a la alumna revisión de pruebas, para no darla de baja y perder puntos de eficiencia terminal. Ahí un comité decidió que los exámenes habían sido calificados de manera “rigorista”, como si un examen de estadística pudiera ser un asunto de interpretación. Por supuesto, todo esto a escondidas de la profesora agraviada. Esa es la excelencia, según el Conacyt.

Si en algún lugar de la administración pública es necesario un rediseño serio es en el terreno de la educación y la ciencia. Cuando la crisis económica pase, el mercado mundial va a haber cambiado y el requerimiento de capital humano será mucho mayor. México, como va, tendrá muy poco que aportar. A ver si el nuevo secretario, el bien educado Alonso Lujambio, tiene con qué entrarle al asunto.

Político

